

RACISMO Y PENSAMIENTO MODERNO: EL EJEMPLO DE LA INVENCIÓN DE LOS *CAMITAS* Y DE LOS *SUBSAHARIANOS*¹

Joan Manuel Cabezas López
Doctor en Antropología Social
Universidad de Barcelona

1. INTRODUCCIÓN: TRADICIÓN PLURAL Y MODERNIDAD ETNOCIDA

Las etnias (ergo, las naciones) han estado siempre etnocentradas, es decir: han visto y valorado el mundo según sus propios criterios. Pero nunca, o casi nunca, han tratado de imponer estos criterios a los otros.

Desde sus inicios, la modernidad occidental, caracterizada (entre otros rasgos) por su obsesión para consolidar a la fuerza su visión del mundo como si fuera la única posible, ha tratado de borrar toda traza diferencial, toda etnia. La modernidad occidental es una auténtica novedad en la historia, pues es la primera que se considera a sí misma como la única verdaderamente humana. Los otros, los diferentes, son considerados como no-humanos o minusválidos culturales dignos o bien de menosprecio, o bien de conversión forzada. Y aquí está la base del racismo. Con la modernidad, el tradicional respeto por las diferencias (incluyendo las 'raciales'), ha sido radicalmente borrado.

Hace falta decir que sólo se empieza a hablar de 'razas' desde finales del siglo XV. No es casual, ni mucho menos, que la raíz etimológica de *raza* sea la misma que la de *razón*. La "ratio", la desecación del caleidoscopio humano en compartimentos estancos, la taxonomización esclerótica emparentada con la entomología...

Por otro lado, la palabra 'racismo' es un invento del siglo XX, que toma fuerza en los años veinte y treinta. La idea de racismo (aún sin adjetivar) tomó cuerpo de forma acelerada durante el siglo XIX, coincidiendo con la combinación de colonialismo, industrialización y utilitarismo voraz.

La modernidad, en el sentido más peyorativo (asimilable a un proceso continuado de homogeneización planetaria), absolutiza la realidad y separa de manera irreconciliable los diversos campos, conceptos y categorías en que clasifica el mundo. La culminación del pensamiento occidental moderno es el capitalismo y, por lo tanto, no resulta extraño que el capitalismo sea la base, el caldo de cultivo, del racismo y de los genocidios. En base a la escisión más brutal que la humanidad moderna ha creado, que es la existente entre naturaleza y cultura, y entre ser humano y medio ambiente, surgió el denominado 'especismo', es decir, la consideración que todas aquellas especies diferentes de la humana no tenían otra salida que verse sometidas a la explotación, el uso y el abuso por parte de una supuesta 'especie superior'. De aquí al racismo genocida va un solo paso: los seres humanos que no son los de tu 'raza' salen fuera de la categoría 'humano' y caen, de pleno, en el campo semántico de aquello que, siendo conceptualizado como 'inferior', puede ser sometido a la voluntad de la especie (en este caso, de la 'raza') dominante.

¹ Artículo incluido en el libro colectivo **O racismo, ontem e hoje. Estados, Poderes e Identidades na África Subsariana**, Centro de Estudos Africanos, 2005, Universidade do Porto, páginas 55-63

No es casual que el racismo surgiera de forma paralela al surgimiento del imperialismo occidental. Así, la primera clasificación racial rigurosa y sistemática, fue la del alemán Blumembach, el año 1775. En la edición de 1795 aparece, por primera vez, la palabra ‘caucásico’ para referirse a la ‘raza blanca’ (Bernal, 1993: 211). Tampoco hace falta pasar por alto que Descartes subrayara que el ser humano tenía que ser el propietario absoluto de la naturaleza, disponiendo sobre ella de un *ius fructi, utendi te abutendi*. También resulta adecuado observar las disquisiones de Hobbes, plenamente presentes en el pensamiento utilitarista occidental:

«La felicidad en esta vida no consiste en la tranquilidad de un espíritu satisfecho. Pues, en realidad, no existe este objetivo final ni aquel bien supremo del que hablan los antiguos. La felicidad es una continua marcha hacia adelante del deseo, desde un objeto hacia otro. Yo sitúo en primer lugar, como **inclinación general de toda la humanidad, un deseo perpetuo y sin tregua de lograr poder tras poder**» (la negrita es nuestra).

Aquí está la raíz del problema. Pensar que todo el mundo TIENE QUE PENSAR cómo piensa el sistema moderno capitalista. Como si fuera algo natural, como si fuera algo genético, biológico...El racismo biologiza y naturaliza el pensamiento social y los procesos culturales, y excluye de la humanidad los que no son iguales a la ‘norma’ supuestamente natural y universal.

2. LAS INVENCIONES RACISTAS: EGIPTO Y GRECIA

Durante los siglos XIX y XX, sujetos a los prejuicios racistas, se ha ido negando sistemáticamente el origen cultural africano, negro, de la civilización egipcia. Tanto la lengua, como el color de piel, la religión, la cultura y el sistema de pensamiento, demuestran de forma evidente que el Egipto antiguo era negroafricano. Con elementos “mediterráneos” y quizá semitas, desde luego, pero profundamente africano en el plano del pensamiento, de las concepciones del mundo y de la estructuración social. Y Grecia, lejos de ser la cuna blanca y aria de Europa, fue una civilización profundamente influenciada por los Egipcios y por sus ‘primos hermanos’, los Fenicios. Grecia fue una civilización de frontera, nacida de la interacción entre el área cultural meridional y el mundo llamado “indoeuropeo”. Los intercambios producidos en dicho espacio de frontera entre los años 2100 y 1000 ac generaron el mal denominado ‘milagro’ griego. La génesis de los griegos está directamente relacionada con la expansión de los egipcios por el Mediterráneo oriental. De hecho, había numerosas colonias egipcias (y fenicias) en Grecia. Ejemplos del carácter ‘mestizo’ de la civilización clásica: La mitad del vocabulario es africano (egipcio) y fenicio. Dichas realidades históricas han sido ocultadas por el racismo epistemológico, todavía bien vivo en ciertas geografías del pensamiento académico.

3. LA INVENCION DE LOS ‘CAMITAS’

De entre las producciones de dicho racismo epistemológico cabría destacar una que pienso que continua flotando, quizá en manantiales subterráneos, por notables capas de las perspectivas actuales sobre las sociedades africanas, desde las ciencias sociales al neocolonialismo travestido de caridad que practican muchas ONG’s y gobiernos. La base de esta variedad del racismo

consiste en negar el origen africano, autóctono, de aquellas culturas ‘sospechosas’ de ser ‘demasiado’ refinadas y desarrolladas, y ello partiendo de la idea de la substancial incapacidad de los africanos (y, por extensión, del ‘Tercer Mundo’) para gobernarse a sí mismos.

Para facilitar la tarea en los tiempos prístinos de las fábricas de conceptos racistoides, hacía falta crear un prototipo de negro, es decir, hacía falta sacarse de la manga el estereotipo del negro-negro: feo (mostruosamente feo), bajito, con un prognatismo hiperbólico, simiesco y sub-humano. Recordemos la idea de ‘especismo’ en este sentido...

Pocos ‘ejemplares’ que reúnan estos requisitos pueden encontrarse (ni en África ni entre nosotros), pero lo importante de un estereotipo no es que sea real, sino que funcione, es decir, que la gente se lo crea y genere concreciones sobre la vida material. Nada más y nada menos. Y mientras haya quien piense que sólo Europa (la Europa occidental...¡claro está!) puede aportar ‘La’ civilización, y que los negritos son parias polítoculturales, el estereotipo continuará presente.

Antes de continuar, una reflexión: imagínense que algún mal pensado y retorcido personaje creara la imagen del ‘blanco-blanco’ (rubio, blanco-albino, ojos de color azul-cielo...). Siguiendo esta idea, los europeos del sur no seríamos blancos. ¿Quizás somos negros de piel morena? ¡Quién lo sabe! El cierto es que esto supondría que sólo de África puede haber llegado la ‘cultura’ a Europa, pues los Griegos no responden (ni respondían) al estereotipo del blanco-blanco

4. EL MITO CAMITA: PRECEDENTES

El mito camita tiene unos precedentes que distan mucho de la posterior reelaboración destinada a legitimar prácticas y discursos racistas. En el capítulo quinto del Génesis bíblico hace acto de aparición la palabra ‘Cam’ para hacer referencia a un hijo de Noé que es maldecido por su padre. Ahora bien: no se hace ninguna mención a diferencias raciales entre los ancestros de la humanidad. Fue bastante más tarde, como ya hemos indicado, cuando la idea de ‘raza’ apareció para caracterizar a los hijos de Noé, en concreto en el Talmud babilónico, donde se indica que Cam fue maldecido por el hecho de ser negro.

Este mito persistió durante la Edad Media, y desembocó en la creencia de que los hijos de Cam eran esclavos negros, portadores del estigma de la maldición de Noé. De esta manera, los cristianos podían explotar los africanos melanodermos para obtener grandes beneficios económicos, y todo esto con el beneficio anímico de tener la conciencia tranquila. Una conciencia que aún permanecía más tranquila teniendo en cuenta que los negros, en tanto que descendientes de Noé, eran ‘hermanos’ de los blancos y, por lo tanto, parte de la humanidad.

Hacia el siglo XVIII, empero, el mito camita dió un formidable giro y demostró una gran capacidad de adaptación a los nuevos tiempos, marcados por un espíritu científico y racional. El anteriormente citado Johann Friedrich Blumenbach fue uno de los progenitores del mito camita moderno, refinado y ‘perfeccionado’. Pero las ideas no suelen venir del cielo, sino que se originan en un lugar, en un contexto y a partir de unas determinadas instituciones sociales. Antes de hablar de Blumenbach tendremos que fijar la mirada en el medio ambiente académico que lo vio nacer: la universidad de Göttingen. Esta universidad fue fundada el año 1734 por rey de Inglaterra, Jorge II, puesto que la ciudad pertenecía al territorio de Hannover, situado entonces bajo soberanía inglesa a pesar de ser germánico (como mínimo, geográficamente). Esta relación con la Gran Bretaña convirtió la universidad de Göttingen en una especie de correa de transmisión del romanticismo escocés y de las ideas filosóficas y políticas de Locke y de Hume,

profundamente racistas, ideas que encontraron un terreno adobado en la sociedad alemana ‘cultura’ de la época.

En medio de todo este ambiente de fuentes intelectuales surgió la figura J. F. Blumenbach. Según su opinión, la raza caucásica (‘inventada’ por él, como hemos visto) era la más bella e inteligente de todas las razas que sobre la faz de la tierra son. Pero la pregunta es: ¿por qué se escogió la cordillera del Cáucaso como cuna de la humanidad blanca?. Pueden existir varias razones:

- En primer lugar, porque según una creencia religiosa popularizada en el siglo XVIII, se tendría que pensar que el hombre reapareció tras el Diluvio y, como ya se sabe, el Arca de Noé se depositó en el monte Ararat, en plena vertiente meridional del Cáucaso.
- En segundo lugar, porque según una tendencia cada vez más dominante en el romanticismo alemán de la época, el lugar de origen de la humanidad (y, por lo tanto, de los europeos), estaba situado en las montañas de Oriente; no en los valles del Nilo y del Éufrates, como creían los antiguos.
- En tercer lugar, porque en aquella época se relacionaba muy estrechamente los términos ‘caucásico’ y ‘ario’. La razón principal era que, según la tradición, el Cáucaso fue el lugar donde fue castigado Prometeo, héroe cultural que estaba considerado símbolo de Europa entera. Además, Prometeo era hijo de Jápeto, identificado con Jafet, tercer hijo de Noé y mítico antepasado de los europeos. Pero todavía hay más: el carácter heroico y abnegado de la acción de Prometeo fue considerado como típicamente ario. Prometeo es, pues, una suerte de calvinista *avant-la-lettre*.

El ya citado Blumenbach, hijo de la filosofía de las Luces, quería iluminar el mundo (el blanco, por supuesto) sustituyendo la anterior ecuación Camita: Negro por la de Camita: Caucásico, y dió vía libre a la verdadera base del mito camita ‘depurado’, que se podría resumir en este principio: todo negro, por muy negro que sea, será considerado caucásico (blanco) si se observa en él un mínimo barniz de inteligencia.

Por otro lado, el alma racional de los ilustrados europeos de la época tenía que explicar el por qué de la existencia de este extraño elemento que es ‘el negro’. Existían dos grandes teorías: (1) el monogenismo, que incidía en el clima como factor determinante de la oscura pigmentación (síntoma de degeneración...); (2) el poligenismo, que apostaba por el carácter ‘sub-humano’ del negro, visto como un ‘semi-mono’, defendido en tiempos recientes por la ciencia oficial nazi y por ciertos sectores de las aficiones futbolísticas europeas.

Vemos, pues, que la imagen del negro se deterioraba a medida que aumentaba su valor como mercancía (Sanders, 1969). No ha de extrañar lo más mínimo que se le expulsara de la familia humana por tiempo indefinido.

5. EL MITO CAMITA: ANTIGUO EGIPTO

Desde comienzos del siglo XIX, numerosos historiadores y estudiosos otorgaron un origen camita a los antiguos egipcios. Supuestamente, estos camitas tendrían sus raíces en culturas indoeuropeas procedentes de Asia aun cuando estas ‘razas’ camitas no existían (ni existen) en ninguna parte del continente asiático. ¿por qué esta insistencia al otorgar al Antiguo Egipto un origen asiático?: esencialmente, como ya hemos apuntado antes, porque Asia era vista como la verdadera cuna de los caucásicos, es decir, de los blancos. Una civilización tan ‘desarrollada’ y con un grado de perfección técnica y espiritual tan elevada como la egipcia, no podía ser negra,

sino blanca. Y esto pese a que los antiguos egipcios fueran blancos de color muy oscuro, tal y como las evidencias arqueológicas y los testigos históricos demostraban de manera reiterativa y contundente.

El inicio de la obsesión enfermiza por blanquear el antiguo Egipto y poblarlo de supuestos camitas tuvo lugar el año 1798, coincidiendo con la invasión napoleónica de este país africano. Los estudiosos que acompañaron a las tropas galas fundaron una nueva ciencia (la egiptología) que tuvo en el mito camita su espaldarazo más valioso. Resultaba evidente, para ellos, que el origen de la civilización occidental no era ya Grecia o Roma, sino Egipto. Evidentemente, los egipcios tenían que ser, a la fuerza, blancos. Pero los intelectuales franceses llegaron a la conclusión que los egipcios eran negroides (Iniesta, 1989), y civilizados hasta el tuétano.

Ni que decir tiene que, en los años posteriores a esta expedición científico-militar, se multiplicaron de manera exponencial las publicaciones que trataban de negar la 'negritud' de los antiguos egipcios. Uno de los artilugios utilizados fue el que equiparaba raza con lengua. Cada grupo racial tenía que poseer, a la fuerza, su propio lenguaje. Puesto que el copto (idioma muy similar al antiguo egipcio) tenía ciertos parecidos con el árabe, la conclusión era que los egipcios faraónicos eran, como mucho, semitas.

A lo largo del siglo XIX, los viajeros europeos reafirmaron el carácter caucásico de los etíopes, nubios y somalíes, todos ellos hablantes de idiomas emparentados. El círculo quedaba bien redondeado. Otro medio de demostrar la blanca piel de los egipcios antiguos fue el aportado por la craneología, impulsada sobre todo por la escuela americana de antropología física, emperrada en demostrar de manera científica, 'seria', que los egipcios eran perfectos caucásicos. Según estos fabulosos intelectuales, los cráneos egipcios eran, sin el menor asomo de duda, blancos. Las teorías de los estadounidenses tuvieron una audiencia receptiva en Europa. Además, las coloraciones morenas que presentaban muchos egipcios decimonónicos eran atribuidas a la huella dejada por los numerosos esclavos negros que habrían importado los faraones caucásicos. ¡La posición del negro como 'esclavo natural' del blanco era un hecho!

La profunda interiorización social del mito camita en su variante egiptológica todavía provoca lipotimias a aquellos que ven como una blasfemia insufrible la africanidad del imperio faraónico.

6. SANGRE BLANCA, CAMITAS Y CIVILIZACIÓN

Los últimos años del siglo XIX vieron nacer dos nuevas ideologías que proveyeron de renovadas energías el mito camita: el colonialismo y el racismo moderno (Sanders, 1969). Los cada vez más numerosos expedicionarios europeos encontraban a su paso por las comarcas africanas pueblos, como por ejemplo los Buganda, con organizaciones políticas complejas que no podían ser otra cosa que el resultado de la 'gota blanca' de turno. Por otro lado, resultaba evidente que aun cuando los camitas eran caucásicos, también eran africanos, lo cual creaba una paradoja que hacía falta resolver, y es evidente que se resolvió.

La nueva teoría de las razas dibujaba una jerarquía racial dentro de la rama caucásica. En la cumbre de esta pirámide estaban los germánicos y los anglo-sajones, seguidos por los mediterráneos y por los eslavos y, en última posición, en el peldaño más bajo, por los camitas. La ciencia suplantaba la teología de forma admirable. En concordancia con la ya comentada equiparación entre grupo racial y grupo lingüístico (y viceversa), a comienzos del siglo XX surgió la denominada 'familia de lenguas camitas' y, en consecuencia, la sub-raza camita recibió su bautizo al mismo tiempo que se buscaban los pueblos que tenían que encajar dentro de estas innovadoras y 'objetivas' clasificaciones: así, dentro del cajón de sastre proporcionado por esta

fantasmagórica raza camita, se hizo entrar con calzador grupos humanos tan ‘semejantes’ entre ellos como los Beréberes (muchos de los cuales son de piel clara y, a veces, rubios y de ojos azules...) y los Etiópes (muy oscuros, y de piel bien negra en bastantes casos).

Demostrando una enorme capacidad de equilibrista intelectual sin red, poblaciones como por ejemplo los Tutsi y los Masai (entre otros pueblos ‘afortunados’) también fueron considerados como camitas, es decir, como caucásicos, o sea, como blancos (de piel negra...). Y atención: porque mentes tan iluminadas como por ejemplo la de G. Sergi incluyeron dentro del grupo racial camita a los Íberos. Siguiendo este razonamiento, resultará que los sensatos y pacíficos catalanes, descendientes de esos antiguos pobladores de la Península Ibérica, estamos emparentados con los belicosos y valerosos guerreros Masai. Quién lo iba a decir...

Charles G. Seligman fue, en los años 1920, el enésimo refundador del mito camita. Seligman trató de dar a este mito la hondura ‘científica’ que necesitaba. Al fin y al cabo, se hallaba en medio de una época de euforia eurocentrista. Una euforia que años después fue apaciguada por la amarga experiencia de la segunda guerra mundial, la cual fue, esencialmente, una guerra entre europeos. Según C. G. Seligman, las civilizaciones de África sólo son las que constituyeron los pueblos Camitas, la influencia de los cuales llegó hasta los altamente civilizados egipcios. Los Camitas, siempre en palabras de Seligman, eran pueblos pastoriles europeos (sic) que llegaron a tierras africanas en sucesivas oleadas, que estaban mejor armados y que eran mucho más ingeniosos que los agricultores negros.

Cualquier aroma civilizatorio es considerado, a la fuerza, consecuencia del contacto entre los Camitas y los negros ‘autóctonos’. La metalurgia, las instituciones complejas, la irrigación, e incluso la organización social en grupos de edad, fueron inyectadas en las masas negras por obra y gracia de los camitas.

Por otro lado, Seligman también tuvo la gentileza de ofrecernos una depuración de la grosera taxonomía racial, y añadió la categoría de los Nilotes, también denominados ‘Half-Camites’, es decir, una especie de monstruo de Frankenstein, mitad negro, mitad caucásico. No por casualidad, C. G. Seligman dedicó un capítulo de su libro *The Races of Africa* (1930) nada menos que a «The True Negro», o sea, a los negros ‘puros’, los de verdad, confinados en la costa del Guinea y su *hinterland*, aproximadamente desde el Senegal hasta el Camerún, aislados de las gotas de blancura racional y fuera de la irradiación de la luz caucasoide por culpa de la selva o de otras barreras. En palabras del señor Seligman, el resto de negros africanos que no eran true-negros ‘consisten en negros camitizados [sic] en varios grados: Bantu, Nilotes y Semi-Camitas’ (Seligman, 1930: 55). Todo lo que hemos comentado implica, de hecho, que sólo los europeos fueron avituallando con dosis de civilización a los retrasados negros. La sangre blanca fue penetrando, gota a gota, por determinadas rutas la desembocadura de las cuales eran espléndidas culturas que contrastaban con los sistemas sociales ‘negros-negros’.

7. LA ÚLTIMA INVENCION DEL RACISMO OCCIDENTAL: LOS SUBSAHARIANOS

El calificativo «subsahariano» ha penetrado al galope en el lenguaje mediático del Estado Español. Se trata de una etiqueta que quizás está tomando la forma de algo próxima a una *doxa*, a una opinión que pretende equivaler a esto que algunos denominan «sentido común», es decir, a un concepto naturalizado e indiscutible, válido por sí mismo. Nos encontramos, de hecho, ante un pseudo-etnónimo que se avitualla en los manantiales de lo «políticamente correcto». Me explico: resulta evidente que el término subsahariano es un eufemismo vinculado con una concatenación que se hunde en un término todavía visto como degradante o peyorativo:

negroafricano o, sintetizando, negro. Considero que a la mayoría de los modernos esclavos subsaharianos que el capital internacional impulsa hacia Europa no les importará, en absoluto, autoidentificarse como negros. O como africanos *tout court*. Ser negro no implica ninguna minusvalía, ni física ni cultural. ¿O sí? Si la respuesta es no...¿A qué viene el eufemismo del que estamos hablando?. Por otra banda, utilizar un término pretendidamente aséptico como el de subsahariano, basado en un aspecto de la geografía física, implica una tremenda cosificación de las poblaciones englobadas bajo este epíteto. Haría falta no olvidar que uno de los atributos esenciales de la violencia es su capacidad para objetivar, para reificar, aquellos sobre los cuales se ejerce. ¿Se trata de una violencia simbólica? Probablemente. Pero esta violencia simbólica se arraiga en una violencia física que, dependiendo de los contextos geohistóricos, o bien se disimula, o bien se practica sin ninguna contemplación.

También se tendría que tener muy en cuenta la fuerza semántica (quizás generada de forma inconsciente) del prefijo *sub-*. Es evidente a qué remite: los grupos con él identificados estarían en una suerte de «nivel inferior», en un inframundo. Además, la adjudicación (unilateral, hace falta no sesgarlo) de un adjetivo sin fundamentos culturales y sin ninguna imbricación en identidades reales, connota la existencia de una «identidad» inventada que deviene profundamente opaca, sin verdaderos referentes simbólicos, vacía, propia de un conjunto humano marginalizado, privado de su propia historia.

Según la lógica que estamos tratando de desentrañar, el Sáhara sería el baremo fronterizo que delimitaría el África «próxima» del submundo africano primitivo. La misma barrera que frenó la aportación de sangre *camita* a los pueblos negros. En contraposición con ello, cabe reseñar que, desde el punto de vista cultural, e incluso “racial”, el Sáhara nunca ha ejercido de muro, sino de puente. Así, existen numerosos grupos étnicos negros a lo largo de este inmenso desierto, y también grupos de piel negra en Marruecos, norte de Argelia, centro y sur de Túnez, Libia y el valle del Nilo. Regiones sitas, todas ellas, al norte del Sáhara (¿...alguien se atreverá a decir suprasaharianas?).

Por otro lado, comunidades tuareg, algunas de aspecto físico ‘blanco’, habitan en países “subsaharianos” como Burkina Faso, Níger y Malí. Y puesto que con anterioridad hemos comentado el sentido ahistórico del término ‘subsahariano’, hará falta precisar que los antiguos egipcios constituyeron una especie de hipertrofia de la civilización neolítica sahariana, los vástagos culturales de la cual se encuentran hoy en día presentes en buena parte de la población negroafricana.

Así, resulta aún más evidente la seria amputación histórica y cultural que representa el calificativo ‘subsahariano’. Además, la utilización de un único etnónimo para categorizar un conjunto tan heterogéneo como son los pueblos sitos al sur del desierto del Sahara, resulta de una simplificación que frota lo aberrante: se mete en un mismo saco semántico a los malgaches, a los etíopes, a los sudafricanos protestantes de piel albina, y a los pueblos sudaneses de coloración negra y de creencias de cariz «animista».

¿Una incongruencia? Sí, pero hasta cierto punto: la invención de identidades y, lo que es mucho peor, su imposición, ha sido una constante en la etnocida y racista trayectoria histórica de Occidente. Son legión el número de etnias artificiales impuestas sobre la miríada de sistemas culturales africanos por parte de los colonizadores. Por no hablar de la vivisección étnica que supusieron las geométricas fronteras intercoloniales (hoy, “estatales”).

En definitiva, la invención de algo tan artificial como es la etiqueta «subsahariano» no se puede considerar como una novedad, sino que se inscribe en un discurso racista que aboga por la simplificación y el repudio ante la enorme diversidad de unas culturas que son vistas como meras excrecencias de un arcaísmo terminal, en vez de como lo que son: manifestaciones específicas, etnosistemas plurales (Cabezas López, 2000), de una realidad caleidoscópica de la cual todos formamos parte.

BIBLIOGRAFÍA

BERNAL, Martin (1993) *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Crítica, Madrid.

CABEZAS LÓPEZ, Joan Manuel (2000) *Etnosistemes i Fronteres en les Societats Africanes, amb referències complementàries a l'Europa Oriental*, Tesis Doctoral (inédita), Universidad de Barcelona

FERNÁNDEZ, A., et al. (1991) *Formació Humanística. MÓN.*, Ed. Vicens-Vives, Barcelona.

INIESTA, Ferran (1988) *Antic Egipte: la nació negra*, Sendai, L'Hospitalet de Llobregat.

JULIEN, Ch.-André (1963) *Historia de África. Desde los orígenes hasta 1945*, Eudeba, Buenos Aires.

SANDERS, Edith R. (1969) "The Hamitic Hypothesis: Its Origin and Functions in Time Perspective", *Journal of African History*, X (4), Cambridge University Press, Cambridge.

SELIGMAN, Charles G. (1930) *Races of Africa*, Thornton Butterworth, Londres